

—¿Quién los costeará?— se preguntaron los fieles de Orbajosa.

—¡Nuestro diputado!—se contestaron á sí mismos.

Pero el de Cardeña, poco dispuesto á arruinarse en beneficio del supremo Jerarca de la Iglesia, no les envió más que un brillante.

Ese he sido yo, y aquí, oyente pacientísimo, me tienes en esta quinta fase de mi existencia, formando el adorno más preciado de la zapatilla izquierda del Pontífice.

## VII

Y puedes creer, devoto, curioso ó escéptico que has venido á este palacio episcopal á edificarte, entretenerte ó divertirte con la exposición de ofrendas al Papa León XIII, que al recordar los salones, los teatros, los altares, las revistas guerreras, el bastón del caudillo revolucionario, el manto de la Virgen, la escultural garganta de la mujer de mundo y los oscuros armarios del Monte de Piedad, no me despidió con un adiós eterno, sino con esta frase:

—¡Hasta la vista!

Madrid 13 de Noviembre de 1887.



## CHUECA

Sr. D. J. YXART.

en Barcelona.

No; no tema usted que vaya á hablarle de la crisis agraria, ni de la decadencia del Carnaval, ni de la hecatombe de Río Tinto, ni de la Patti y sus pasos de agilidad, ni de las demás cosas que llenan la prensa en estos días.

Nada de eso; si algún lema pudiera yo

gastar, sería este lema periodístico-tipográfico:

—¡Guerra al *cliché*!

Trátase, pues, de cosa de más *substancia*, como nos manda escribir la Academia; y ahora que Federico Chueca está en ese "archivo de la cortesía,"...

(Y permítame usted que, á propósito de eso del archivo, encuentre más pintoresca que justa y exacta la famosa frase de Cervantes, convertida ya en *cliché*; pues si lo archivado es lo que se guarda y conserva lejos del continuo y libre alcance de las gentes, no resulta el concepto del inmortal humorista muy halagüeño que digamos para la ciudad de los Condes y los Concelleres, donde, bien al contrario, en vez de estar archivada la cortesía, se puede decir de ella lo que dicen los franceses de su *esprit*, cuando afirman *qu'il court les rues*.)

Satisfecho este escrúpulo, vuelvo al tema; y ahora que Federico Chueca está en Barcelona, pienso y digo:

¡Hermosa página la que podrá usted dedicarle, cuando en Enero de 1889 recoja usted en su libro *El año pasado* las impresiones y recuerdos del que ahora corre!

¡Hermosa página! Desde aquí me la imagino, tan viva y gráfica como saldrá de manos de usted, porque conozco ambos á

dos el sujeto y el objeto—como diría un "opositor á cátedras,"—esto es, la curiosa personalidad artística del actual huésped de Barcelona y el luminoso espíritu crítico con que usted estudia y trata todo lo que al cabo del año desfila por ese magnífico pedazo de tierra española que se extiende desde el Besós al Llobregat y desde Monjuich al Tibidabo. Del cual pedazo están á la sazón presente muy envidiosos casi todos los madrileños, no ya por lo grato del clima, lo ameno del campo, lo sano de la montaña y lo espléndido del puerto, pero únicamente por ser Barcelona, y no Madrid, quien disfruta las primicias de una obra de Chueca.

¡Qué digo los madrileños! No há muchos días que un simpático eúskaro, venido de las orillas del Nervión á pasar aquí breve temporada, me decía:

—Encuentro á Madrid como triste y silencioso... Y es que no se hace ahora coña



alguna de Chueca en los teatros. Madrid, sin Chueca, *no me suena*.

Observación análoga á la que habría hecho un extranjero si al visitar París en la última década del Imperio, no hubiera oído en teatro alguno música nueva, vivita y coleando, de Offenbach.

París sin Offenbach, ¿á qué habría sonado en aquellos años que transcurrieron desde los triunfos de Magenta y Solferino á los desastres de Metz y Sedán?

El Mozart de la mueca y Beethoven del desplante acertó á caracterizar en sus melodías cosquilleantes y ultrarregocijadas la sociedad parisiense de entonces; así como nuestro Offenbach de Lavapiés y Maravillas viene dando, desde la Restauración acá, la nota exacta, chispeante, nueva y típica de la vida madrileña, desde lo señorial á lo soez, desde los colorines charros y chillones de la plebe á las desmayadas tintas de la burguesía cursi, satirizando de pasada las audacias todas del vicio y la picardía, á par de todos los culpables descuidos de los malos gobernantes.

De donde se podría deducir lo siguiente, en forma de proporción matemática:

Madrid : París : : Chueca : Offenbach.

Chueca : Restauración : : Offenbach : Imperio.

Imperio + Offenbach : París : : Restauración + Chueca : Madrid.

Y ni el uno ni el otro, ni el que pudiéramos llamar Wagner de la carcajada infinita, ni el que puede gallardearse como Meyerbeer de la chulapería, vinieron de Conservatorios ni aulas en donde se midan aptitudes con compás y se garanticen con etiquetas.

Ambos pueden decir, cada cual en su esfera y en su época, lo que decía una noche en el Ateneo viejo un fogoso orador de la extrema izquierda:

—¿De dónde venís vosotros? De las escuelas, de las universidades, de las academias, de los seminarios, de las logias, de los alcázares, de los cuarteles... ¿De dónde venimos nosotros? ¡De la calle!

Con la diferencia entre ambos de que el primero, como simio burlón, saltó desde el arroyo hasta las regiones de los dioses, los héroes, las princesas y los caballeros legendarios, en tanto que el segundo—falto quizá de un Meilhac y un Halevy que le guíen—de la calle viene, y en la calle se queda, á vueltas con sus *ratas*, sus chulas, sus toreros, sus cesantes, sus cocheros de punto, sus serenos, sus fregonas y sus mendigos.

Explane y extienda usted, señor Yxart, para aceptarlas ó combatirlas, las indica-

ciones que me permito ofrecer á usted, y cate usted trazadas las líneas principales de esa hermosa página, á propósito de la estancia de Chueca en Barcelona, que vislumbro ya en el libro que á principios de 1889 publicará usted, recogiendo impresiones y recuerdos del año que ahora corre (\*).

¿No le parece á usted?

Muchas y anuales ediciones de *El año pasado* desea á usted, en bien de los coleccionistas y de las letras patrias, su antiguo compañero en periodismo catalán,

M. DE C.

18 de Febrero de 1888.



(\*) Chueca se ha quedado sin esa página en el libro de Yxart, porque éste prefirió contestarme hablando de Echeagaray y del estreno de su drama *Lo sublime en lo vulgar*.

## ARMONÍAS

(SIN H)

ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

**A**YER sábado recibí la siguiente carta:

“Muy señor mío: La Cuaresma está ya en sus postrimerías, y aún no ha sido usted para servir á sus lectores un *Plato* piadoso. Si mañana, que es Domingo de Pasión, quiere usted hacernos ese religioso obsequio, ahí va la primera materia. ¿Podemos los fieles confesarnos por teléfono? Agradeceré á usted que saque de dudas á

su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M. — *Serafin García Bemol.*”

Acepto reconocido este piadoso tema, pero

el primer violín  
del Circo de Pol

— porque supongo yo que



será el de *La gallina ciega* — toca más bien el violón en el presente caso, pues ignora que en materias litúrgicas soy *el primer oficial lego del mundo*, y no ciertamente en el sentido en que daba este dictado D. Pedro de Luna al Justicia de Aragón.

¿Por qué no se ha dirigido mi buen comunicante á *Un clérigo de esta corte*, á Juan Vallejo, á Pepe Nakens, ó á cualquier otra autoridad en la materia?

Sin embargo, los periodistas, lo mismo que los poetas, estamos obligados á saberlo todo, y cuando no, á presentirlo, como decía el inolvidable D. Manuel Fernández y González.

Presintiendo, pues, la consulta del señor García Bemol—que es una consulta de tres bemoles—habíame armado de toda clase de armas, aparejándome con sendas noticias que había hallado en periódicos de Roma y de París, acerca de un folleto publicado en la primera de ambas capitales por un señor Eichbach, padre él, en la acepción sacerdotal de la palabra.

El padre Eichbach, á pesar de su apellido tudesco, es francés. Dirige el seminario que tienen los franceses en Roma; y, por lo visto, es persona práctica, porque se le ha ocurrido la misma, exactamente la misma pregunta del Sr. García Bemol:

—¿Pueden los fieles confesarse por teléfono?

No puede darse en estos tiempos una cuestión más seria, más ardua ni más trascendental...—Ante ella, pierden toda su importancia la crisis agraria, la crisis económica, la crisis política, la crisis social, y demás pequenezes de la vida moderna.

Una idea práctica de los ingleses parece ser la que ha dado origen al tema tratado por el padre Eichbach.

Se les ha ocurrido á aquéllos, al ver la tristeza y aislamiento en que están en los hospitales los enfermos de males contagiosos, colocar un teléfono á la cabecera de cada cama. De esta suerte, siéntense aquellos infelices menos abandonados, y los consuelos de la conversación con sus amigos y parientes hácenles más llevadera su desdicha.

De ahí la pregunta:

—En un caso de apuro, ¿no se podría usar del teléfono para dar y recibir el sacramento de la Penitencia?

Las ventajas de esta nueva "harmonía," entre la religión y la ciencia serían muy grandes, no sólo en casos de urgencia física, pero también en los de grave aprieto espiritual.

Figurémonos un usurero—naturalmente

devoto—que acabara de realizar una de sus “operaciones,” y quisiera ponerse inmediatamente en paz con Dios.

—¿Central?

—¡Central!

—Comunicación con la parroquia de San Ginés.

—En seguida.

Y pocos minutos después, absuelto el pecador sin moverse de su despacho, procedería á guardar, sin la menor turbación en la conciencia, el documento usurario que hubiera arrancado á su víctima.

Lo propio digo, si en vez de pecador fuese pecadora la que apelase al santo tribunal del

teléfono...—Pasado “el cuarto de hora de Rabelais,” y arrepentida en el acto de su momentánea debilidad, se dirigiría al teléfono sin salir del teatro del crimen, y quedaría pura y sin mácula, limpio el espíritu de polvo y paja, antes de haber cambiado el traje de brega por el de paseo, como diría un aficionado á toros.

Eso sí. La medalla cuyo ventajoso anver-



so acabo de diseñar, tiene un reverso peligroso.

Figurémonos la confesión de una dama sinceramente piadosa.

—Hay que conservar, hija mía, ese sincero espíritu de contrición, y fortalecerlo por los medios que he señalado á usted.

—Así lo haré, padre.

—¿Quedamos en eso?

—Sí, re-monono.

Mañana en Fornos la Nieves y yo.

—¡¡Señora!!

—Adiós, monín.

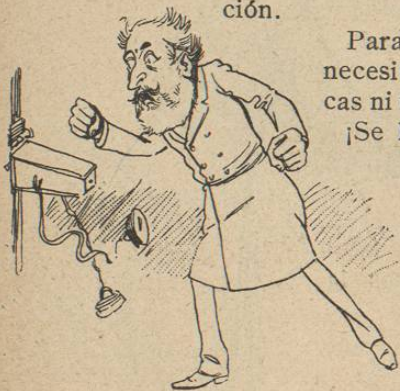
Y se volverían locos el clérigo y la penitente antes de que se pusiera en claro lo del cruce... ¡Un cruce con el teléfono del Veloz-Club y el de Paquita la Chanchullera!

¿Y cuando el indiscreto, el impertinente, el importuno cruce descubriera á un marido secretos espantables, que estuviera



descubriendo su esposa á un sacerdote?

Estos inconvenientes no deben significar gran cosa para el padre Eichbach; porque tras prolijas razones—que apenas pueden interesar al mismo Carulla—viene á parar en que los fieles pueden confesarse por teléfono, pero no recibir la absolución.



Para este viaje no se necesitan alforjas místicas ni telefónicas.

¡Se ha lucido el padre Eichbach!

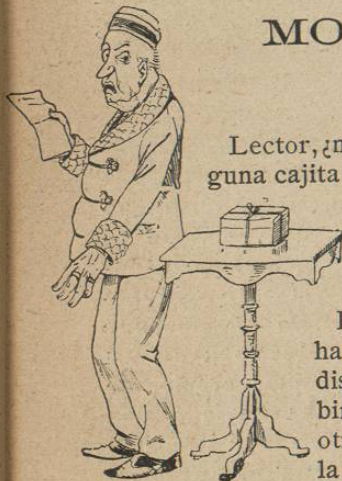
Pero como hay presbíteros eminentemente reformistas — y no aludo á los que dicen misa por cuenta del general López Domínguez—es de esperar que alguno proclame y sostenga doctrinas opuestas á las del padre Eichbach; y ¿quién sabe si esta cuestión de la confesión telefónica será origen de algún cisma como el del *omousios* y el *omoiusios*, que ensangrentó antaño el Oriente y el Occidente?

¡Hay tanta filoxera en la viña del Señor!

Marzo de 1888.



## MODAS



Lector, ¿no ha recibido usted ninguna cajita misteriosa, con encargo de que usted, y sólo usted, ha de abrirla y examinarla?

Pues si todavía no le han hecho ese agasajo, dispóngase usted á recibirlo de un momento á otro, porque así lo dispone la moda.

¡La moda de las cajitas!

En el extranjero la han extendido y divulgado los fenianos, nihilistas, anarquistas y

otros *gentlemen* más ó menos *fashionables*; pero aquí, donde este nuevo género de *chic* está á la orden del día, no hemos tenido para qué seguir el estilo de París y Londres.

Archidona se ha hecho célebre con esta nueva clase de *pschutt*, y Peris Mercier ha eclipsado con su invento á los mismísimos Brummel, Orsay, Grammont y Morny, reyes de la elegancia europea.

Vivir en la *high-life*—ó en sus inmediateces—y no haber recibido á estas fechas una cajita misteriosa,

sinistra y seductora juntamente,

es una de las mayores amarguras que puede experimentar una persona verdadera-



mente distinguida... — Sé de alguien, que no pudiendo sobreponerse á semejante derrota en su amor propio, se ha enviado una cajita á sí mismo por el correo interior, y está aguardándola con mucha ansiedad,

para remitirla inmediatamente al Laboratorio Municipal, como las que estos días han dado tanto que decir á los desocupados, y tanto que hacer al Sr. Garagarza.

¿Obedece el envío de las cajas misteriosas al humor bromista y chancero que domina en tal ó cual Casino y en tal ó cual tertulia, donde el espíritu maleante de los madrileños busca víctimas á quien sacrificar en los altares del Ocio y de la Risa?

Si es broma, puede pasar, como dijo el poeta; pero es el caso que luego viene Garagarza y dice al embromado:

—¡De buena se ha librado usted!... La cajita contenía tantos gramos de pólvora, y tantos otros de esta y aquella sustancia fulminante, y tantos balines de este ó aquel calibre.

El embromado se estremece, y si es algo leído y escrito, piensa que la civilización moderna va adelantando por el camino que señalaba el tétrico y ceñudo Hartmann, cuando decía:

—La vida es una broma pesada que nos da la Naturaleza, y de la cual debe librarse la humanidad de una vez, volando el globo terrestre.

No se trata, pues, de una moda insulsa, como la de los caramelos de pega y otras que tanto entretenían á nuestros candorosi-



simos abuelos, sino de un nuevo *sport* que está á la altura de nuestra refinada época.

Es cruel y peligroso; pero ¿qué *sport* deja de serlo?—De los perros, caballos, toros, venados, palomas, y otros animales sacrificados despiadadamente en los otros deportes á que se entregan las razas más cultas, hemos pasado á nuestros semejantes, y ya nos da lo mismo ir al *tir aux pigeons* y á la Plaza de Toros, que enviar una caja explosiva al vecino de enfrente.

La cuestión consiste en estimular nuestras amortiguadas sensaciones, y en no dejarse vencer por el bostezo, mueca impropia de la digna y bien compuesta fisonomía del hombre moderno.

Desde este punto de vista, la moda de las cajitas misteriosas es de un perfecto y exquisito buen gusto.

Claro es que esto, como todo lo que ahora se inventa, sufre indecorosas falsificaciones... —¿Recuerdan ustedes la *contrefaçon* de que fué víctima Camacho?

El terror que produjo la caja enviada al famoso hacendista, tan popular á ratos como impopular á veces, tuvo harto parecido con el de Sancho en la aventura de los batanes. El desenlace fué igual... Los elementos puestos en juego nada tenían que ver con las rosas y el ámbar.

Pero estas falsificaciones de la moda de las cajitas son propias no más de genticilla baja y soez, como el Jesucristo que saca Zola en *La Terre*; y lo que se estila en la sociedad *very selected* es el bromazo auténtico, legítimo, y que esté sangrando.

O que deje sangrando, para mayor elegancia.

Si la moda sigue y crece, llegaremos á los más horribles extremos.

Desde los balines y sustancias fulminantes, pasarán las gentes á enviarse tomos de versos de D. Antonio Cánovas, y entonces sí que se nos hará del todo imposible la existencia.

Abril de 1888.

